

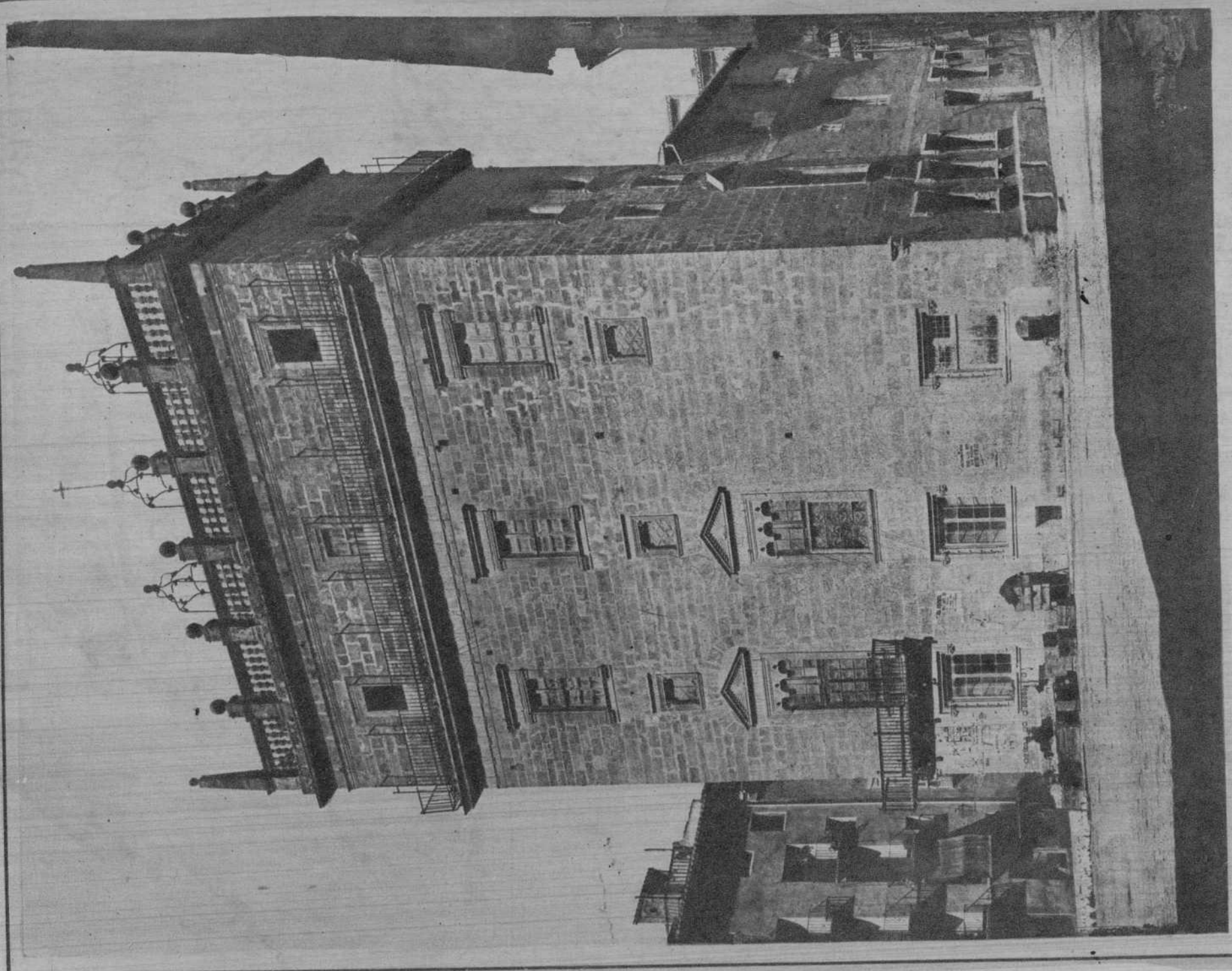
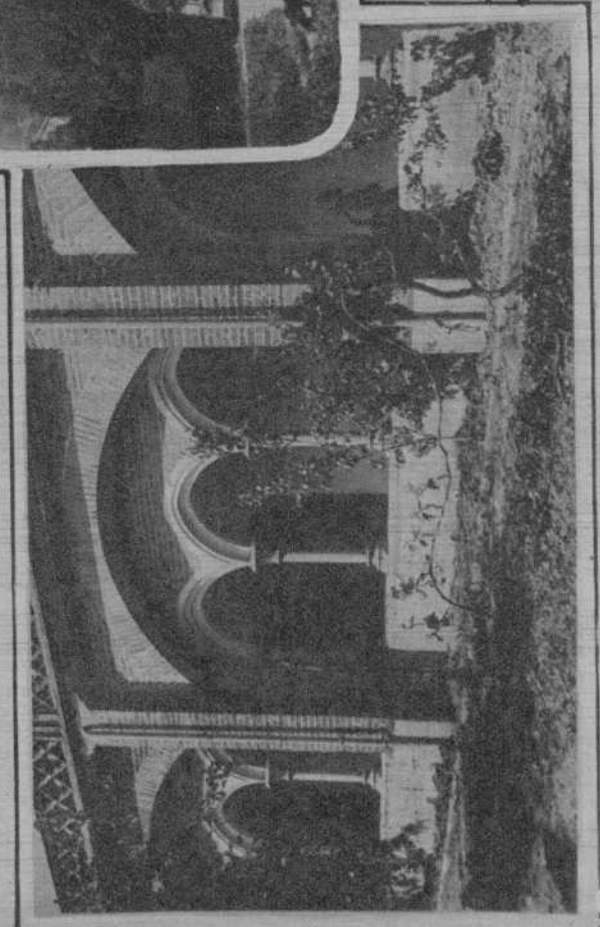
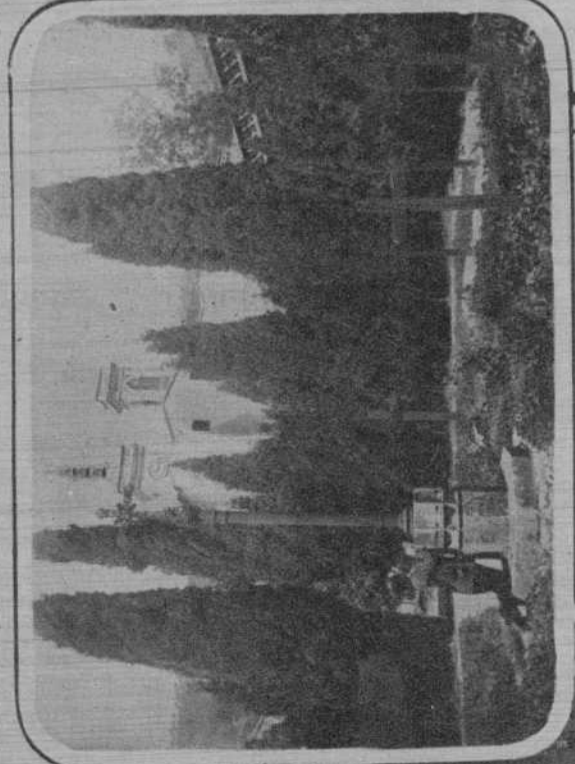
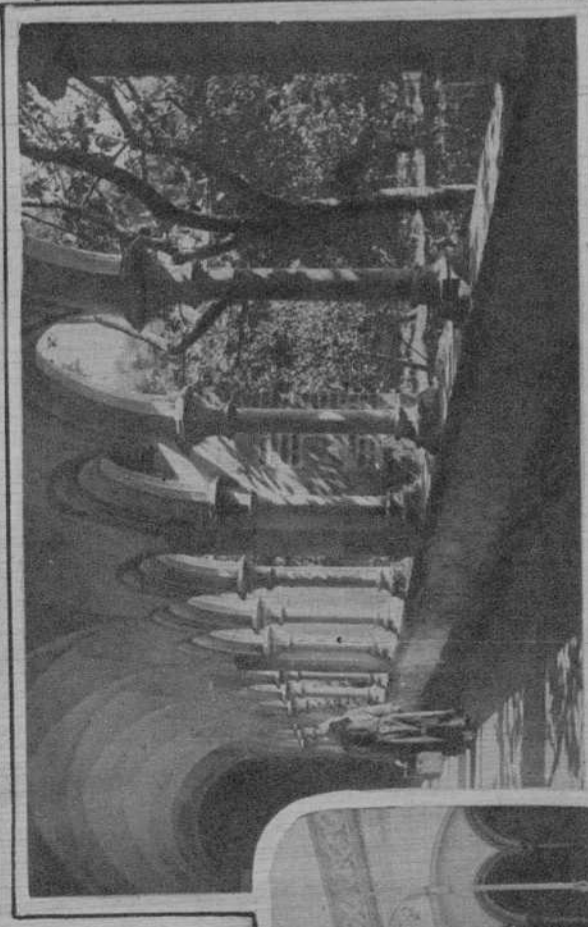
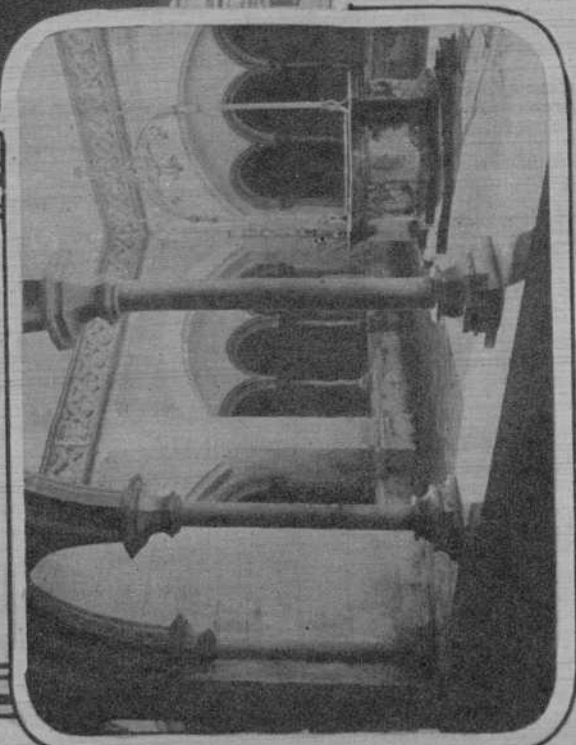
LOS CARTUJOS DE MONTALEGRE

En el plácido remanso de los pinares de Montalegre, los cartujos viven sus horas de paz entregados a la oración, bajo las bóvedas de su Monasterio, vasto conjunto de edificaciones de los siglos XVI, XVII y XVIII, que los alejan del ruido mundanal...

Nada más bello que sus caminos floridos, humildes y solitarios... Nada más íntimo que los claustros, henchidos de paz cenobial, dorados por los rayos del sol, que los árboles del frondoso jardín claustral tamizan suavemente en las horas luminosas; con su pozo de agua cristalina, magnífico regalo durante los ardores del estío...

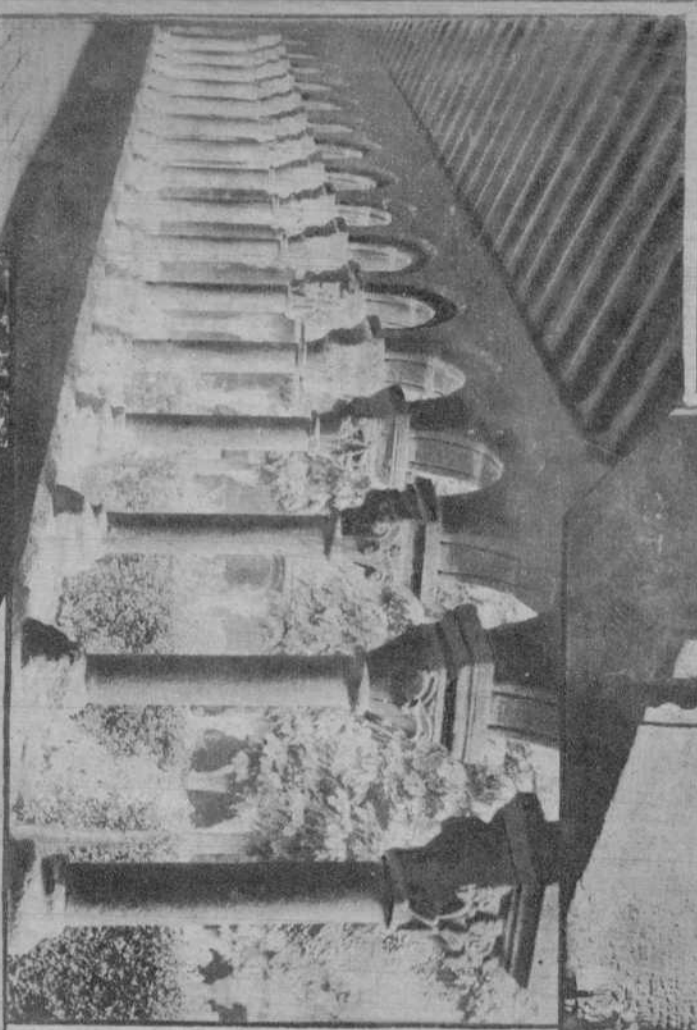
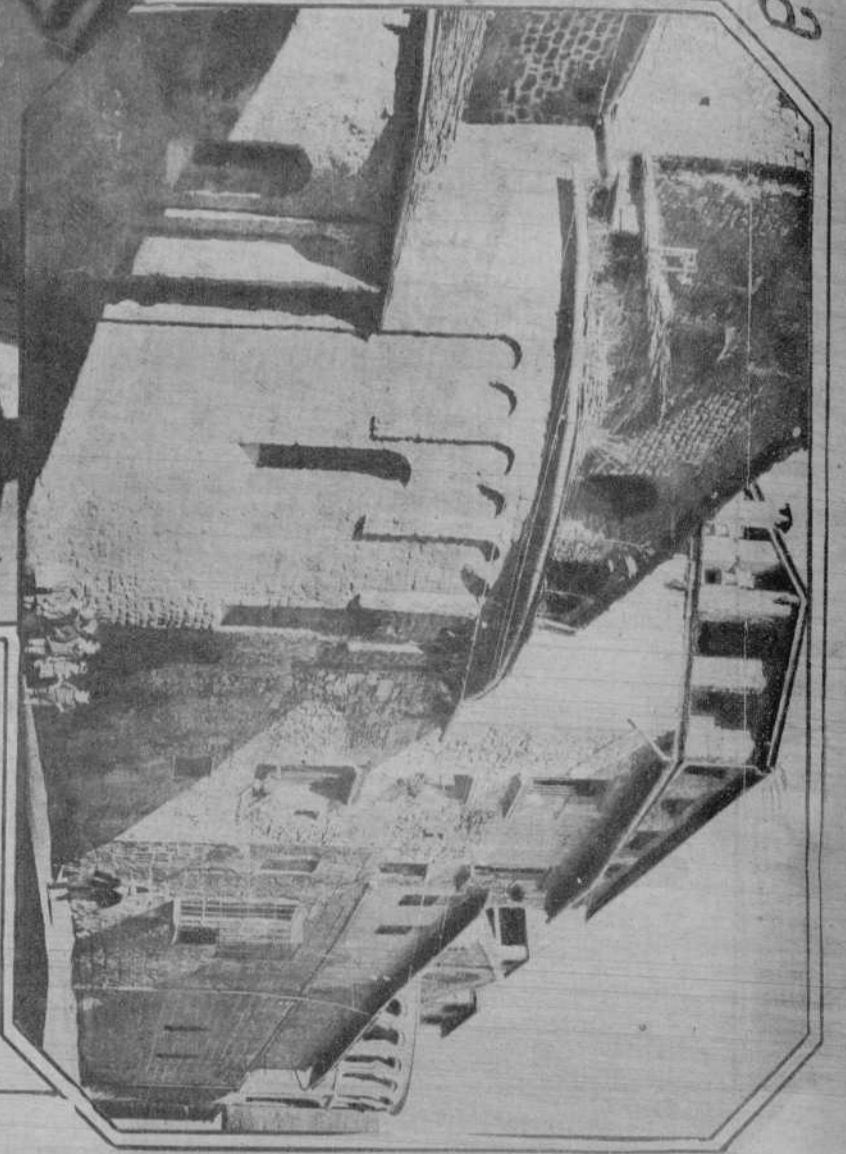
Y nada más cartujano—austeridad, olvido del mundo, aproximación a Dios— que el cementerio de cruces sencillas y altos cipreses, estación de término en el viaje de la vida material.

(Fots. Batlle)

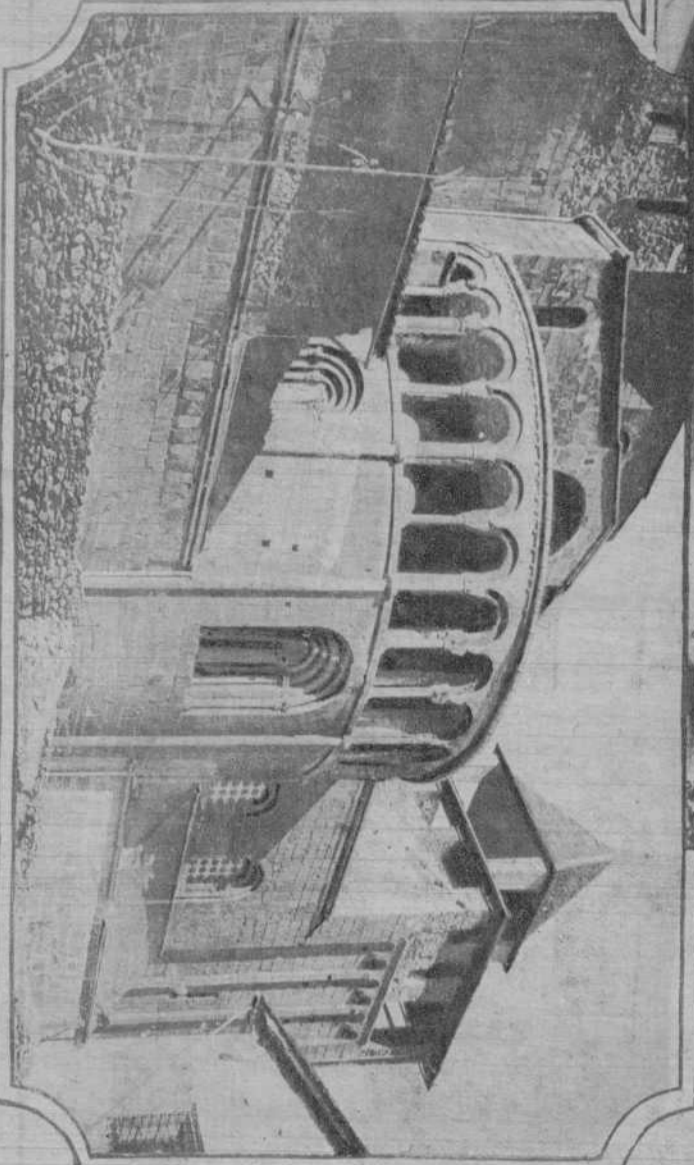


VALENCIA.—Antiguo Palacio de las Cortes, hoy convertido en Audiencia (Foto Batlle)

# Arquitectura religiosa en Catalunya

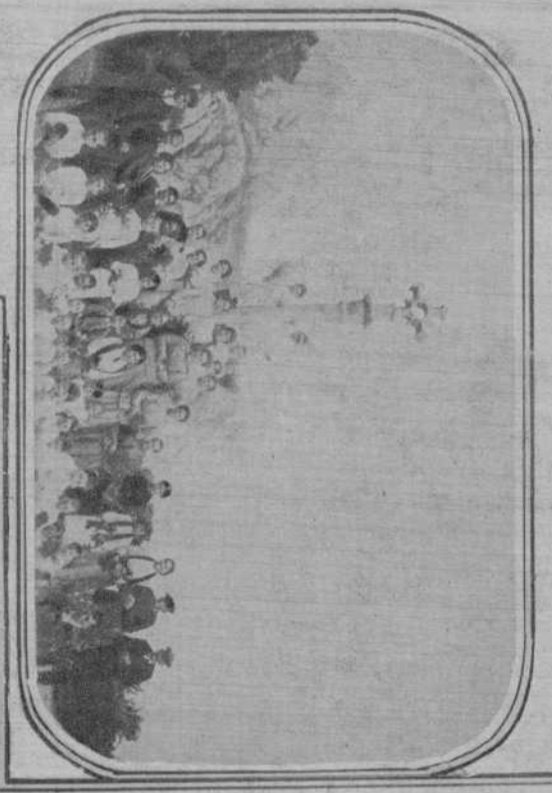


Sco de Urgel conserva los templos vetustos de piedras casi milenarias, con un amor digno de toda loa. Vasee, siró, el abside de puro estilo románico de la vieja iglesia de San Pedro, construida el siglo XI, y todavía en perfecto estado de conservación: los diestros de la Catedral, con sus capiteles y columnas de visible influencia lombarda, sin otras injurias que las del tiempo, así como el abside de la propia Seo (siglo XIII), maravilla del arte románico, que mantiene la pureza de sus líneas agiles y graciosas. Los pueblos que saben respetar sus piedras storiosas, merecen bien del arte y del viajero



(Fot. N.M.)

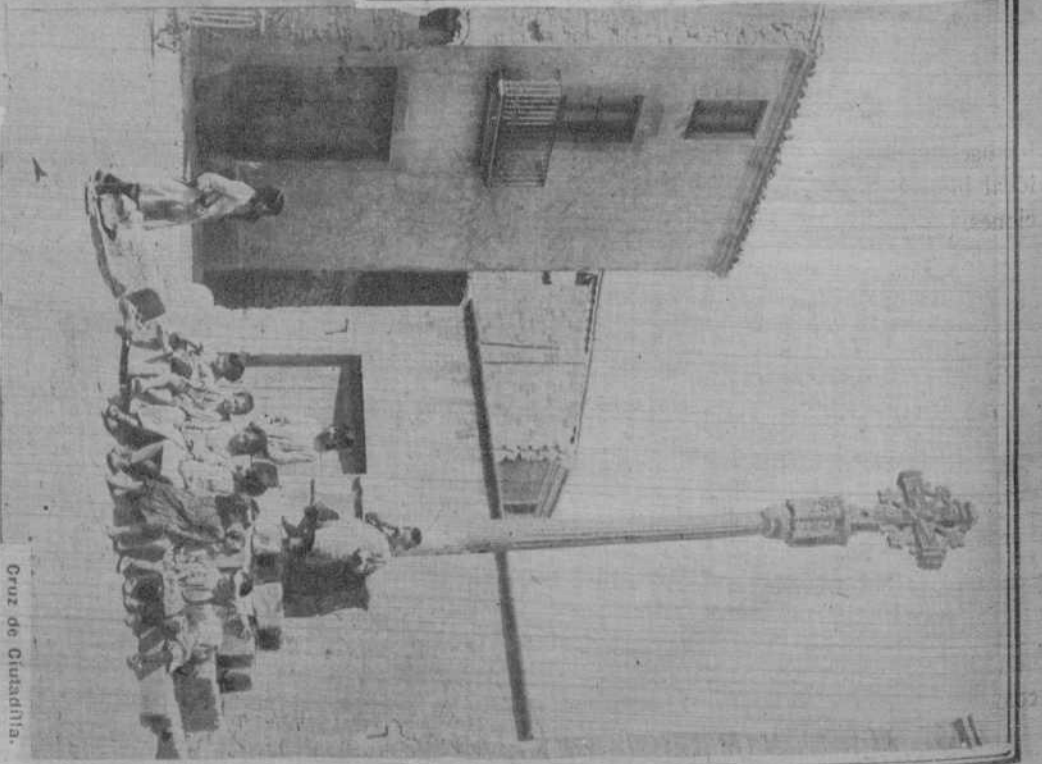
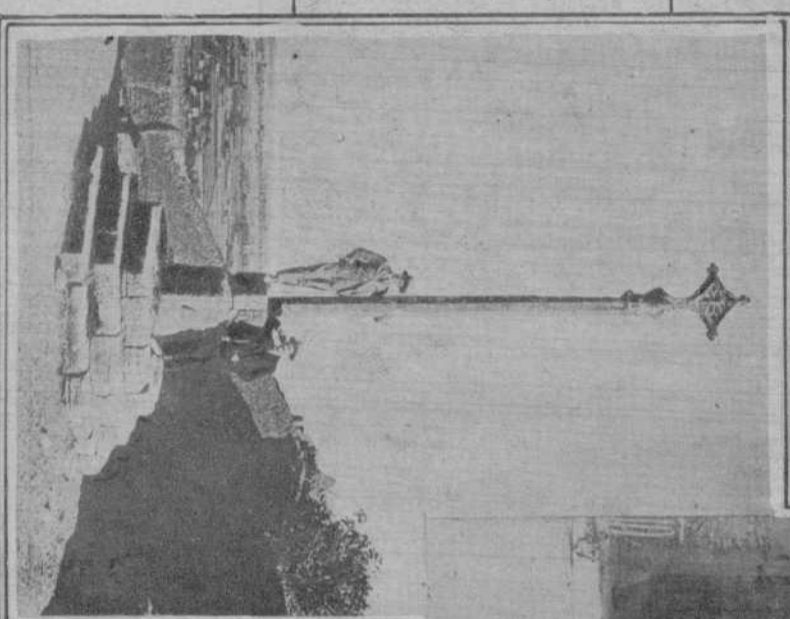
# Las cruces terminales



Cruz de Aubesa.

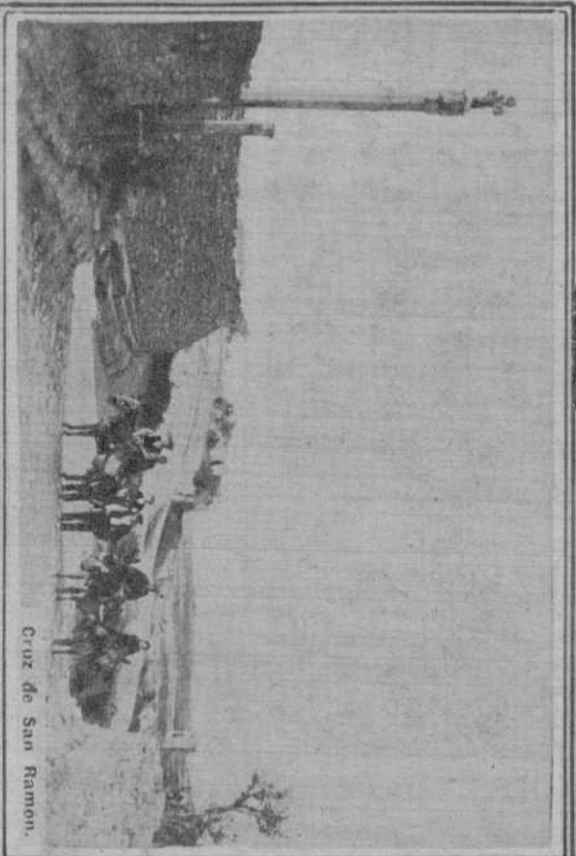
GUIA DEL CAMINANTE  
REPOSO DEL VIAJERO  
LA CRUZ DIVINA ANUN-  
CIA LA PRESENCIA HU-  
MANA: ES SIEMPRE EL  
HERALDO DE UN PUE-  
BLO, DE UN CASERIO,  
DE UNOS BRAZOS ACO-  
GEDORES

Cruz de Palau de An-  
sisa.



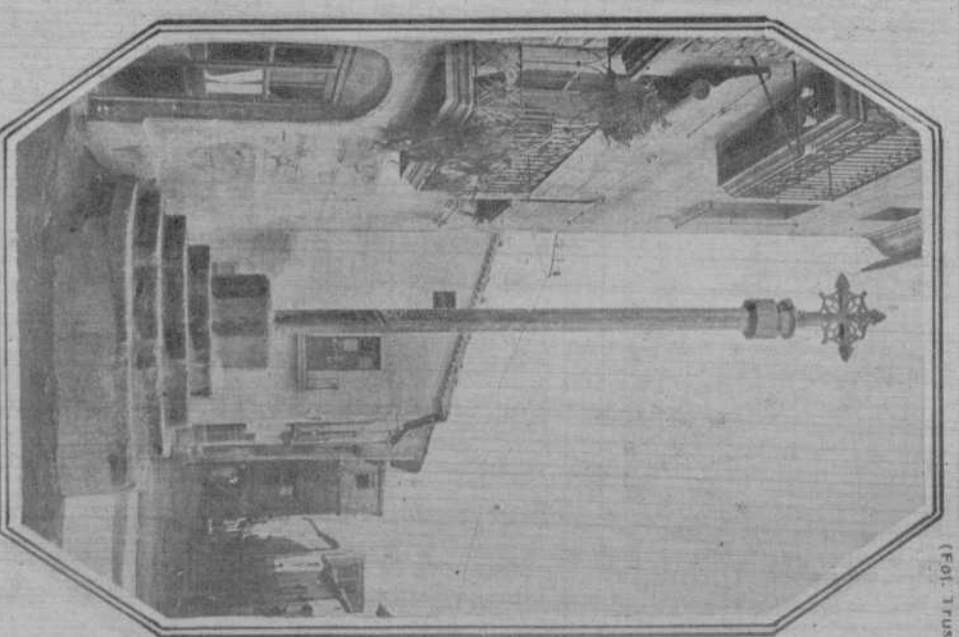
Cruz de Guadalupe.

(Fot. Trusi)



Cruz de San Ramon.

(Fot. Gasanas)



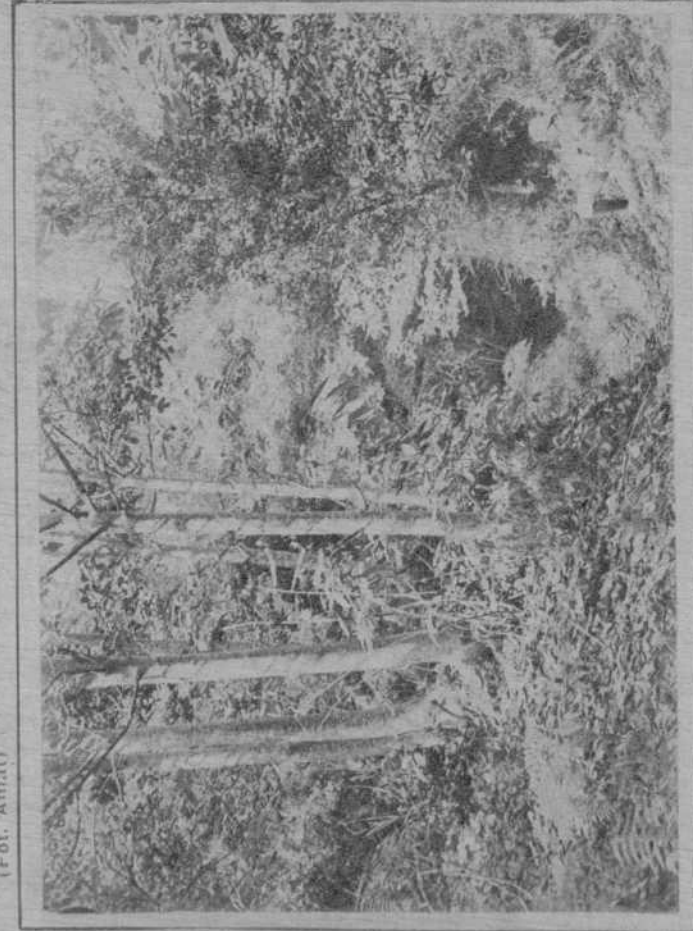
Cruz de Anglesola

## LA ESCONDIDA SENDA...

EN LA MARANA DE LOS BOSQUES, SIEMPRE VERDES, DE VALLVIDRERA, ENCUENTRA FACILMENTE EL CIUDADANO DESEOSO DE PAZ, UN REMANSO DONDE SONAR, VEREDAS SOMBREADAS, CAMINOS SOLITARIOS, ARROYOS MURMURANTES, QUE RECUERDAN LA ODA FAMOSA DE FRAY LUIS DE LEON. Y TODO ELLO A VEINTE MINUTOS DE LA CIUDAD EN PERPETUA LABOR



(Fot. Amat)



(Fot. Batlle)



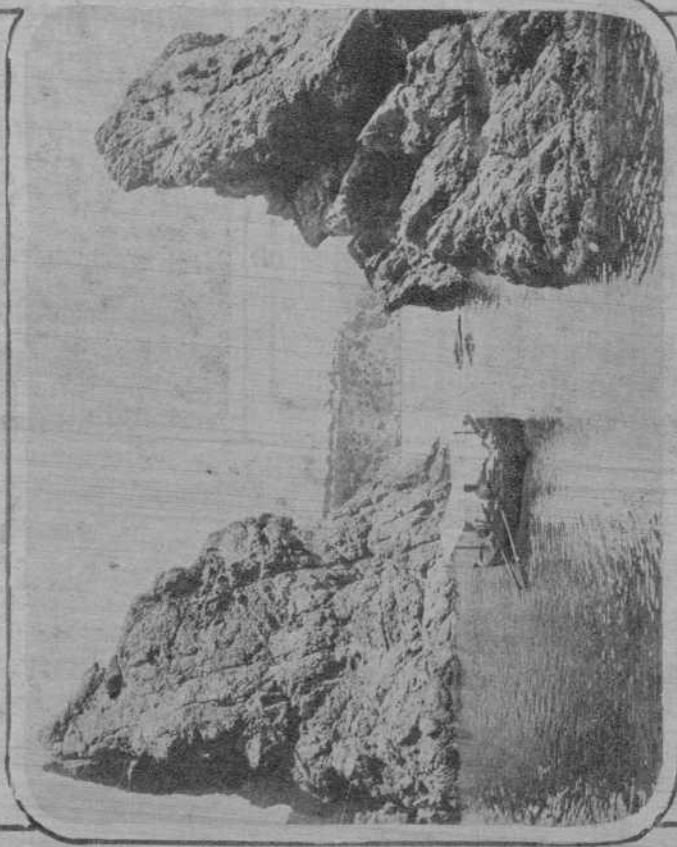
(Fot. Maymo)



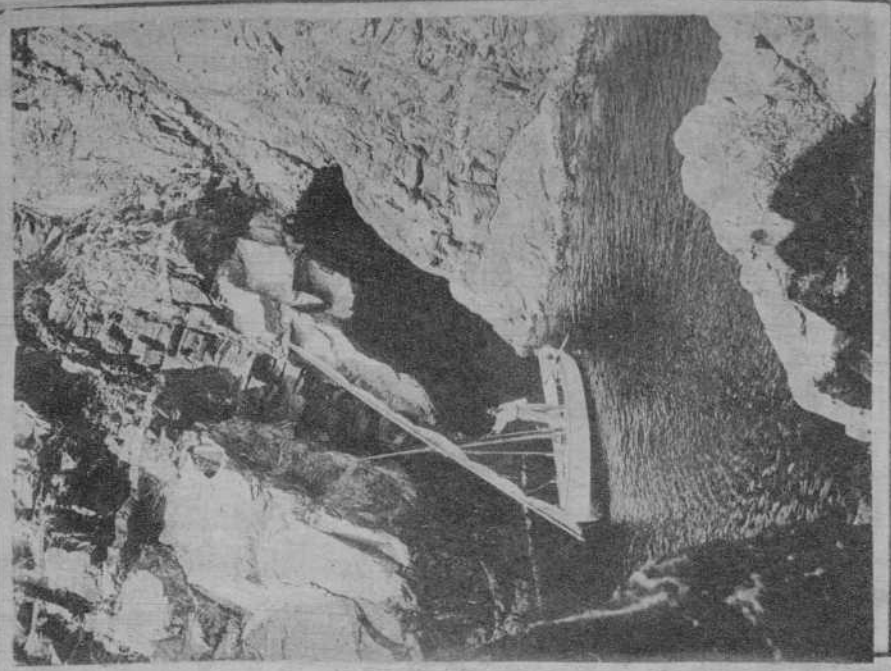
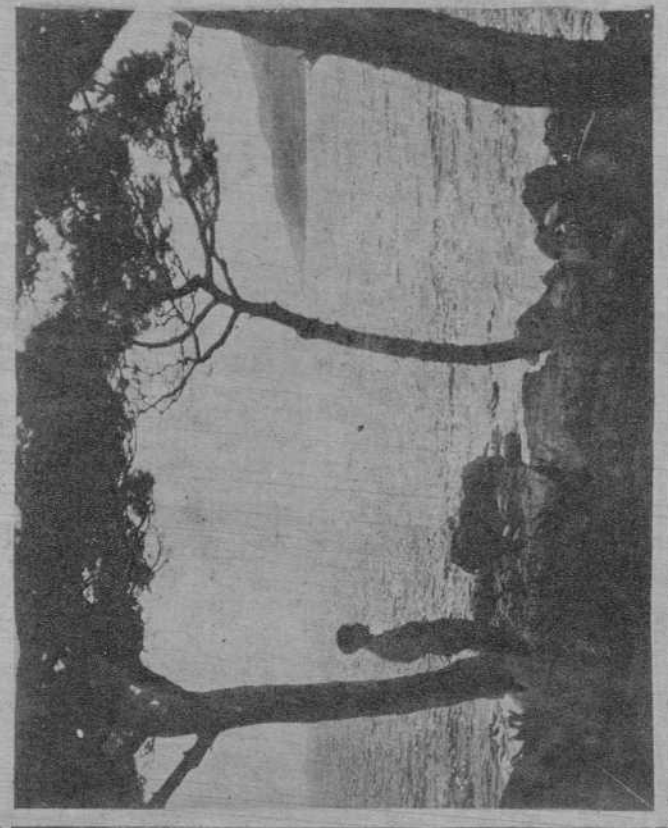
(Fot. Turner)

## La Costa Brava

Cumbres petreas de montes sumergidos surgen en nuestra Costa Brava, buen número de peñones agrestes, gargantas roquizas, por donde pasan, meciéndose suavemente, como gaviotas juguetonas, las barcas de la gente de mar. Diríase que se trata de gigantes de cenizo adusto y corazón de niño. De vez en vez, una oquedad misteriosa, como puerta de un palacio de sirenas tentadoras. Y para ver el azul turquesa del Mediterráneo, los grandes miradores naturales, bajo los copudos pinos marítimos, que invitan a soñar las más bellas y amables cosas de la tierra



«Els Castellots», de Calella



«Cova dels frares», Calella



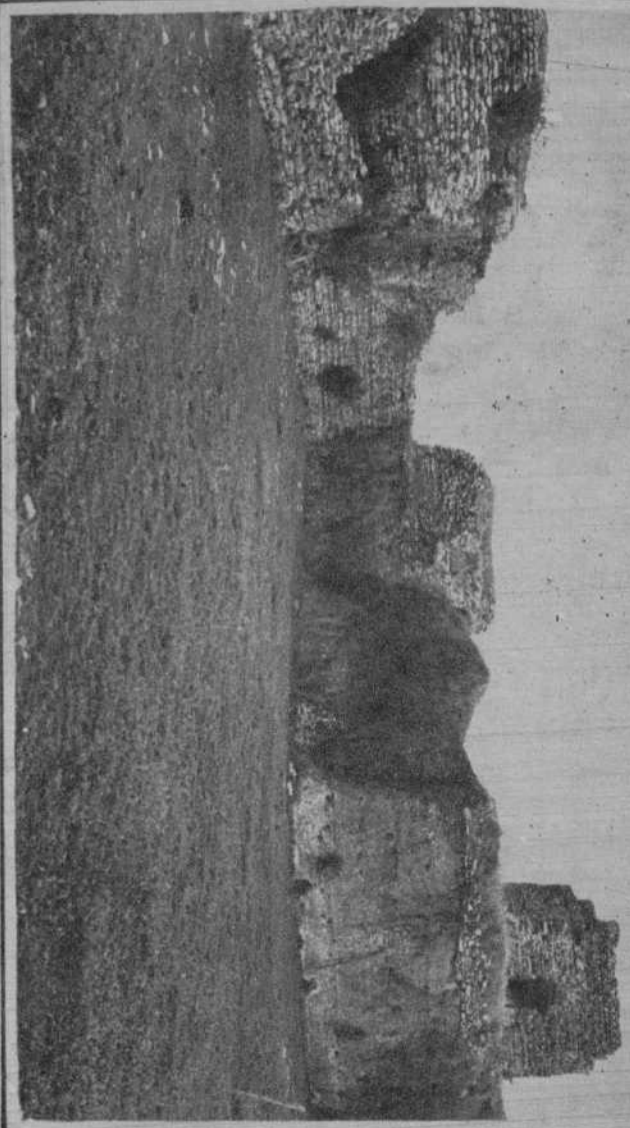
Alrededores de Calella

Bajo los pinos, Calella

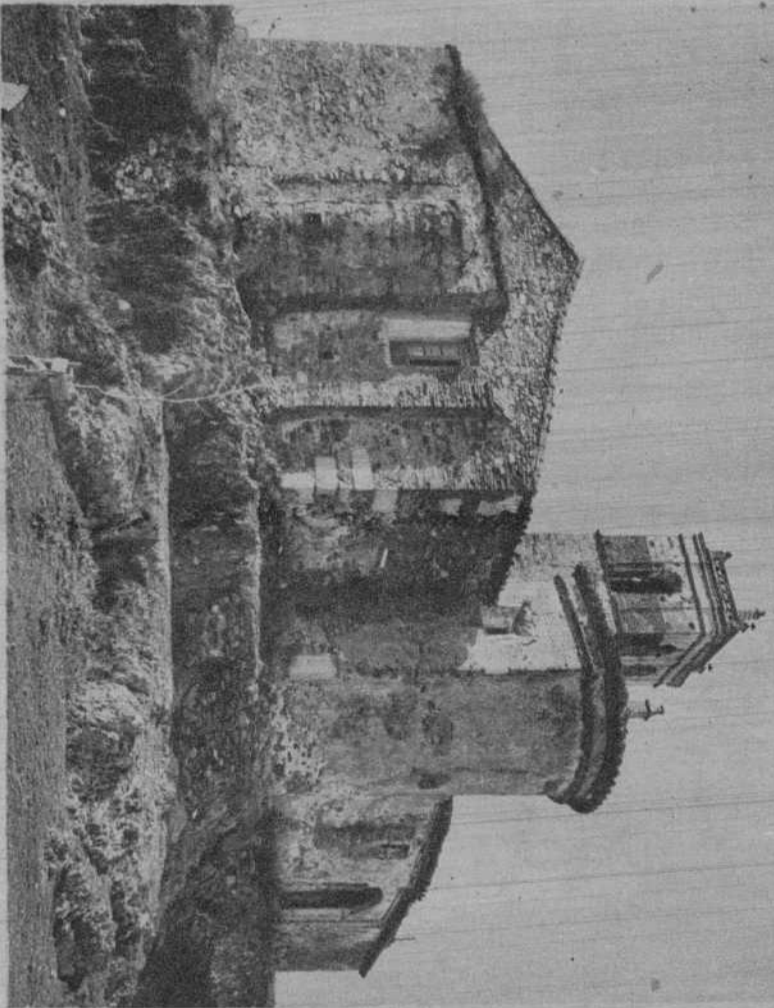
(Fot. N. H.)

**LOS PRIMITIVOS E HISTORICOS  
CASTILLOS DE ANDALUCIA**

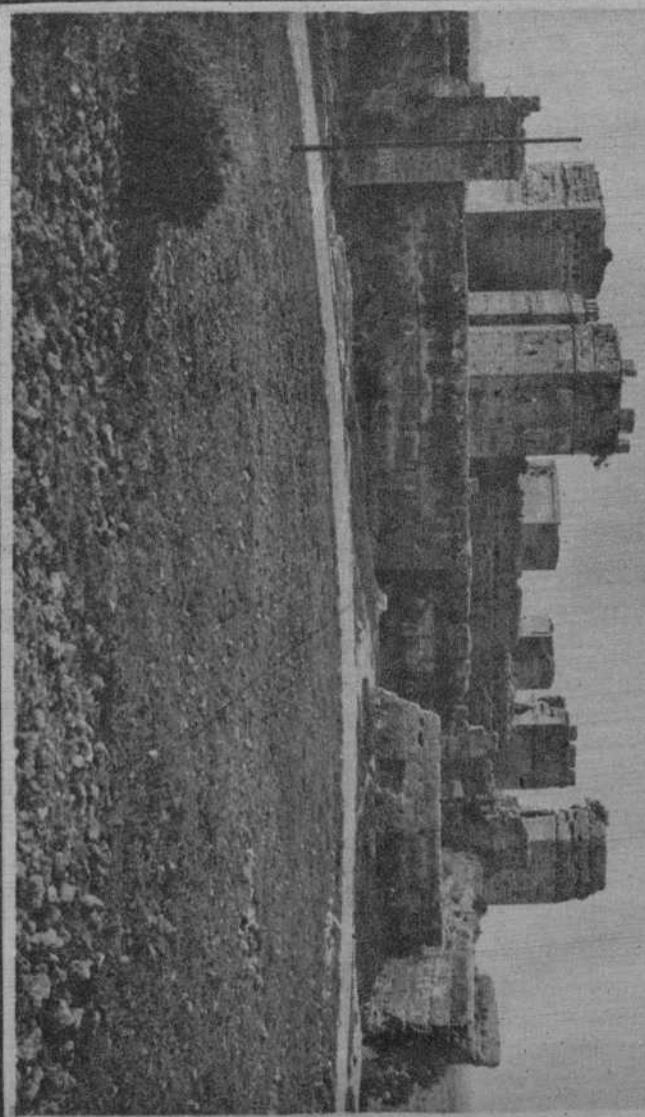
(FOTS. SANCHEZ DEL PANDO)



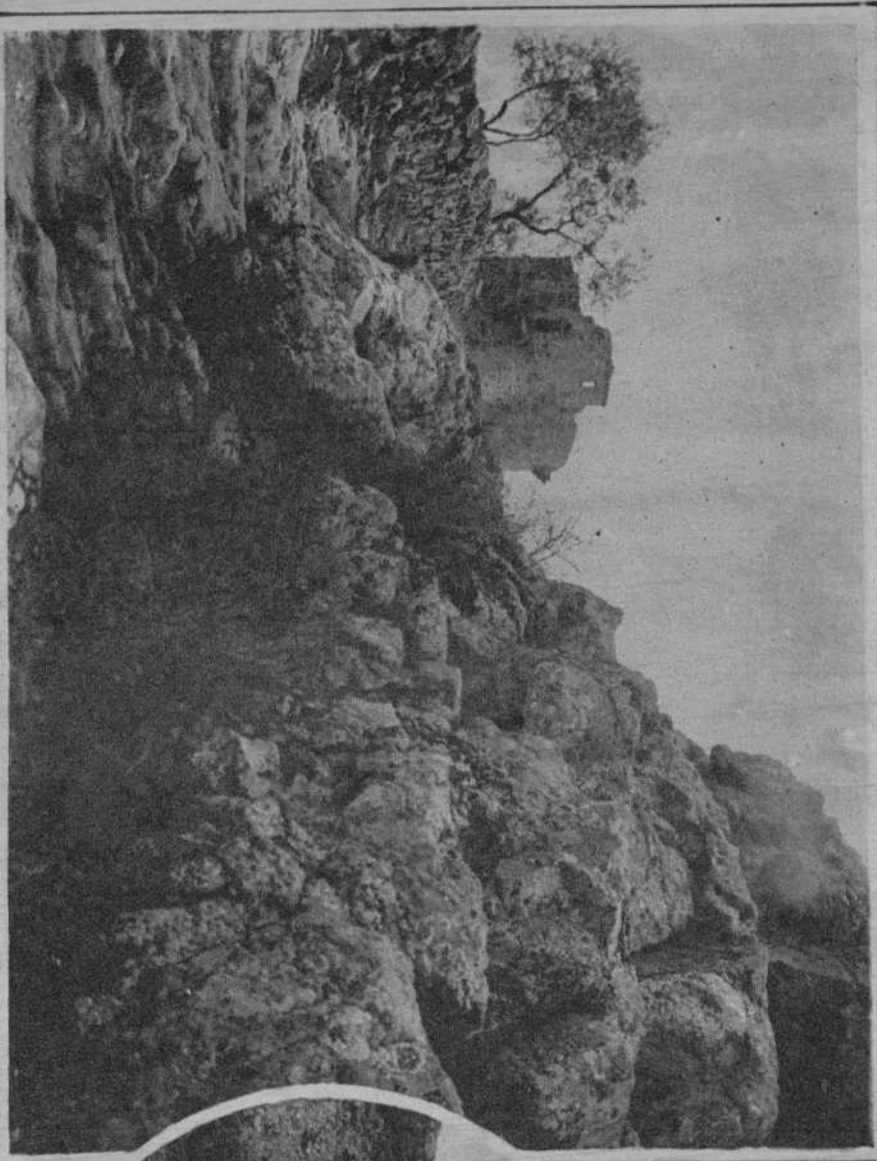
Los restos del castillo de Constantina



El castillo de Almonaster



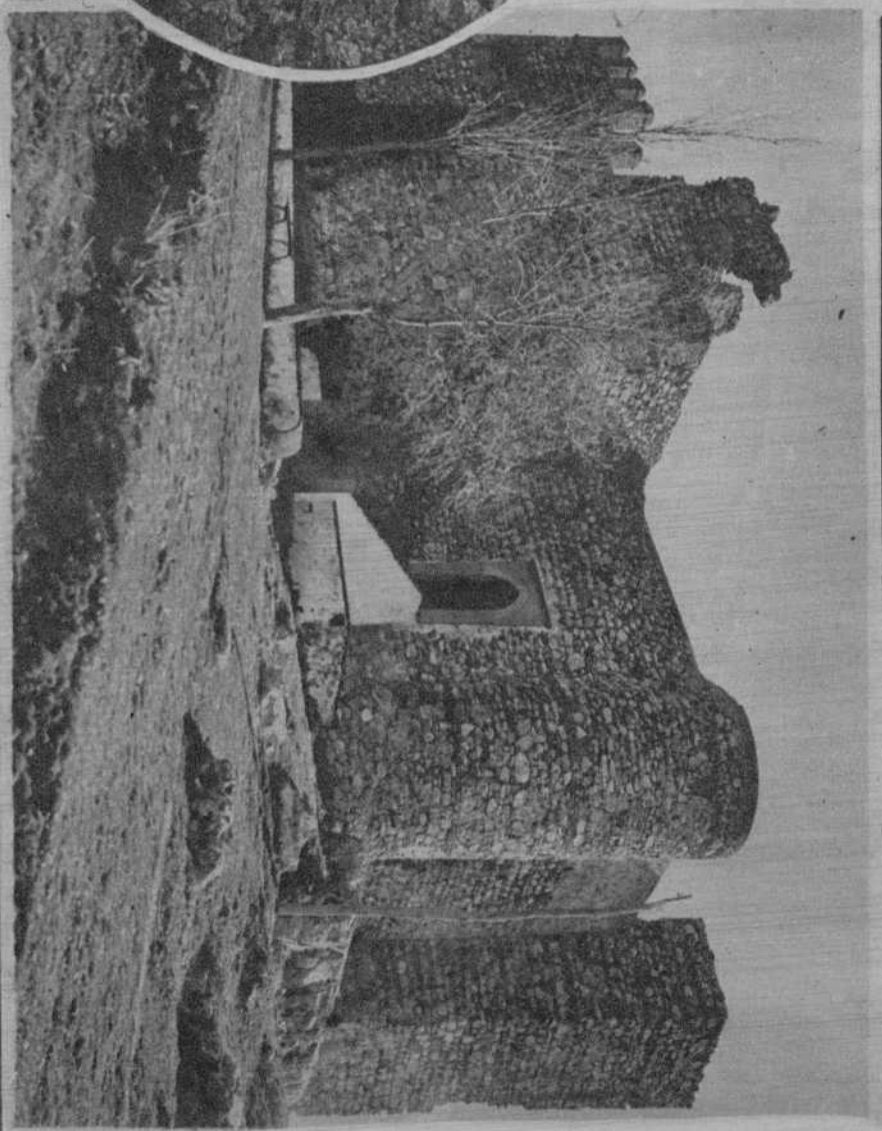
El bellissimo castillo de Alcaía de Guadaíra



Castillo y murallas de Encinasola



Detalle del castillo de Alantis



El castillo fenicio de Cortegana



# Pasatiempos



## CHARADAS y SINONIMIAS

**Charadas**  
(Por PAULINO MAINAR)

1.<sup>a</sup>  
Un tres-dos solía arar  
y mientras la todo asía,  
as fama que componía  
versos dignos de cantar  
a la «Señorita Hungria».

2.<sup>a</sup>  
—Prima-dos total  
que tres ves aquí,  
todá as de metal.  
—¿Bromas cuarta mi?  
¡Ya sé que es de cal!...

3.<sup>a</sup>  
—¿Por qué as-tercera  
un golpe a Pascual?  
—Negó que dos fuera  
nota musical,  
y armando quimera  
solóme un total.

4.<sup>a</sup>  
Niega, la prima;  
cree, la dos.  
Quien esto rima  
si tiene tos,  
combate el mal  
con buen total.

### Sinonimias

1.<sup>a</sup>  
Me han contado que la todo  
en el día de la todo  
hizo una todo fatal,  
pues subiendo, en un recodo,  
resbaló y rompióse el codo  
allá en su pueblo natal.

2.<sup>a</sup>  
Igual que un todo iba a Breda  
un ligero carricoche  
y en un todo de una rueda  
un todo cayó ayer noche.

3.<sup>a</sup>  
En todo vi una todo  
y un hombre al lado,  
que estaba hecho una todo  
el desdichado.

### Dios sacó al hombre...

### DE NOTA

## Concurso femenino en escala musical

(Por ALBERTO DURAN)

**Do** . . . . .  
**Re** . . . . .  
**Mi** . . . . .  
**Fa** . . . . .  
**Sol** . . . . .  
**La** . . . . .  
**Si** . . . . .

Sustituir los puntos por letras, de forma que se lean tantos nombres de mujer como notas musicales.

## Ya llegó la lista...

**D** artículo **UL** de las misas  
**MONJA DIOS**

## En la escuela

**VER TER**

## Al cerrar la edición

**II T T XII D**

(Las soluciones, en el Extraordinario del próximo domingo).

En esta sección publicaremos los pasatiempos que se nos remitan, haciendo constar el nombre de su autor, con los únicos requisitos de que vengan acompañados de la solución correspondiente y un cupón como el que publicamos en esta plana, sean inéditos y originales... y estén bien

Soluciones a los pasatiempos insertados en el Extraordinario anterior:

Población de España: Ciudad Real.  
Por donde se sale uno cuando no sabe por donde salir...: Por peteneras.  
Suceso importante: Acontecimiento.  
Suceso importante: Acontecimiento.  
¡Jesús!... Estornudo.  
Charada primera: Castimira.  
Charada segunda: Escándalo.  
Poblaciones: Mallorca, Menorca, Granada.  
¡Qué suerte!: Además del primero, ha ganado el segundo premio.

## Acuse de recibo

Paulino Mainar.—Desconocido y acaparador amigo. Ya ve usted, como donde menos se piensa salta la liebre. ¡De seguro que no esperaba usted ver «copada» la Sección con las ingeniosas muestras de su ardiente fantasía!...

Alberto Durán.—Como quiera que había llegado a reunir la bonita cifra de catorce mil ochocientos cincuenta y siete pasatiempos suyos, tengo el gusto de manifestarle que, después de lo de hoy, ya no me queda ninguno. Los catorce mil ochocientos cincuenta y seis restantes, han sido arrojados allá en lo más profundo del cesto bohemio que tengo junto a la mesa.

A todos cuantos no vean contestadas sus misivas con prontitud, debo recordarles que dispongo de poco espacio para este mes y que me escriben ellos con una abundancia, que lo hacen a la novia y acaban al pie del altar.

NOVEJARKIN

## El Día Gráfico

**CUPON**  
QUE DEBE ACOMPAÑAR  
A TODO ENVÍO DE PASATIEMPOS

mento sueños de inquietud. Prendió en todas las almas la llama de la emoción y un aplauso frenético, delirante, coronó la «Amada Inmortal».

Juan Enrique, de pie, sonríe. Pero sus ojos de iluminado se pierden en la visión quieta y dulce de aquella tarde en que Lali temblaba junto a él oyendo sus melodías.

Desde aquel instante su nombre fué el ídolo del público que le adoraba. Y una noche... Noche recogida de paz, lídez selénica, toda quietud.

Juan Enrique, vestido de etiqueta, da un concierto en una fiesta de gala. Está guilardo, ideal. Tiene su rostro perfecto cierta expresión indefinible que realza aún más su belleza clásica. Sus ojos de enigmista no se apartan del palco de enfrente.

Hay apoyada en la barandilla una joven muy rubia, muy fina, con un bibelot. Sus ojos rasgados color verdoso de mar en calma reposan en el artista.

Aquella mirada despierta en Juan Enrique una vocación: Lali. Tiene la desconocida los mismos ojos cálidos, su misma sonrisa de Virgen, los mismos rizos de oro. Hasta viste de blanco como Lali la última vez que él la vió.

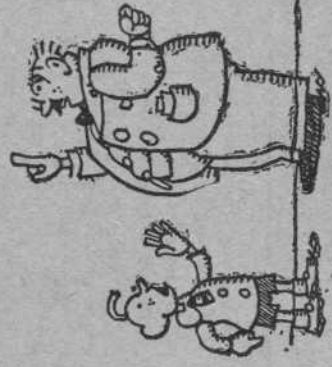
Fué como un delirio lo que pasó entonces por la exaltada imaginación de Juan Enrique.

Todo se borró de su vista. Lo vió todo muy pálido, muy brillante, con muchas luces policromadas. Vió a la mujer rubia que avanzaba hacia él y le besaba en la frente.

El alargó sus manos para atraerla hacia sí llamándola con acento de apasionada locura:

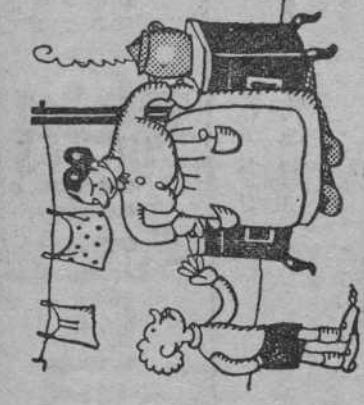
—Lali, Lali mía... ¡MI amada inmortal! Y se desplomó sobre la alfombra mullida, iluminado el rostro en expresión de una íntima felicidad.

(De nuestro Concurso de Cuentos)



—Hijo mío; la diligencia es una gran virtud. Si tú lo eres, encontrarás todas las mañanas, una bolsa llena de dinero, en tu camino.

—Sí, papá; pero el que la haya perdido se habrá levantado antes que yo.



—¿Qué tal los exámenes?  
—Muy bien, mamá. Me han dado un Diploma como premio de memoria.  
—¿Dónde está el Diploma?  
—Me lo he dejado allí olvidado.

## El vuelo del «Jesús del Gran Poder»

SEVILLA

Ya llena los ecos del sereno espacio el fragor sonoro de metal de fragua...

Ya vibran las alas...  
ya dejan el suelo de la fértil vega donde serpentean las aguas fluviales sobre arenas áureas.

Ya ondulan los montes de las lejanías en raudos cambiantes de verde oro y fuego. El mar es la esfera de las tersas aguas. Sevilla es un copo, porque ya las alas llenan los espacios según van subiendo sobre lumbraradas...

El sol va al ocaso, y el bajel aéreo va siguiendo iluso la ruta del sol, hacia aquellas tierras donde el mito nuestro dejó la epopeya de un siglo de oro cantada con lírico y épico acento.

Ya va entre celajes el astro viajero, miradle, miradle, se pierde en las nubes, y lleva la mente y aquel corazón enervorecido de audacia y de ensueños.

Las mismas estrellas de antiguo astro para los bajeles de aquellos Bernal, Quirós y Escobedo, constelan su ruta.

No ha pasado el tiempo...  
Quebróse la jarca, voló aquel velamen y al ímpetu nauta del viento sintiéndose libre, ya quiso ser ala...

Seguidle, seguidle, en luces míficas, como vuestiras almas, van dos corazones hendiendo las nubes desoyendo augurios que no les alcanzan.

Lanzan a los ecos las ideas libres, del temple sereno del alma de España sutil y encendida, fugaz y sonora en la monodía que llena el espacio de un redoble agosto y un soplo de fragua.

## NATAL

Las pupilas se paran entre los dos azules...  
Corazones suspensos y aguzados oídos esperando el rumor del ave prometida;  
Verla un punto invisible en una lejanía o como aparición de profecía bíblica entre fulguraciones de una nube plomiza...

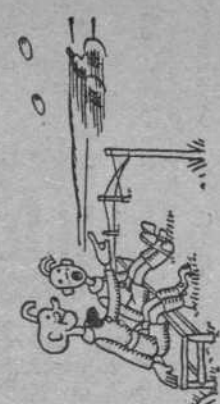
Rodar, rodar continuo de las bravas rom-siempre, en su monodía...  
Algo, algo, algo allí pasa:  
Entre constelaciones, una sombra, un fan-y aquel redoble agosto (tasma, de trueno en lontananza...

¿Es un fantasma...? sombra? Se oculta (tras la nube...  
¡Saluda el gran redoble de la aérea almadía!  
¡Ya llegan los hidalgos  
hendiendo las neblinas...!

IGNACIO SOCIAS ADALPE



El niño:—(al oír el ruido del motor).  
Escucha ¡Un aeroplano!



El otro niño:—(viendo una moto). Dios  
míq iqué vuelo más bajo lleva!

# Páginas infantiles

## HISTORIA NATURAL

### EL PATO

De todas las auservides, las más cono- cidas del vulgo son los patos, tanto por ser las más abundantes en estado silves- tre cuanto porque son las que con más fre- cuencia se ven en domesticidad, siendo or- namento obligado de los estanques y rias de los jardines, lo mismo que los gansos y cisnes.

El pato real, llamado también «Azulón», es una ave realmente hermosa, con su ca- beza de un color verde oscuro muy lustro- so y su bonito collar blanco.

El pato salvaje se encuentra en todo el hemisferio Norte, tanto en el Nuevo Mun- do como en el antiguo y cria en todas par- tes, aunque lo hace en mayor propor- ción cuando más se acerca al círculo polar.

En general puede decirse que es un ave que vive y cria en cualquier parte, con tal que tenga a su disposición un poco de agua. En invierno, en nuestro país, se le encuentra a miles en las grandes lagunas, pero en cualquier época se pueden ver pa- rejas aisladas o pequeños bandos en cual- quier charca o en los remansos de los rios poco frecuentados. Busca su alimento en la superficie del agua o en el fango, pudiendo decirse que es omnívoro. De no- che se aleja del agua y visita los campos y los montes para comer grano, bayas y fru- tas de las que encuentra por el suelo.

De ordinario, el nido no es más que una depresión en el suelo, llena de hojascas, ramitas y, sobre todo, plumas.

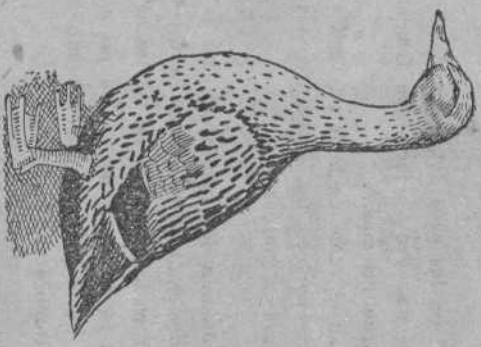
La hembra hace una sola puesta de seis a doce huevos, parecidos en su forma a los de gallina, pero más pequeños y de un blanco agarbanzado, y los incuba durante veintidós días. El macho no la ayuda a in- cubar, ni se cuida para nada de su des- cendencia; en cuanto la hembra ha termi- nado de poner, la abandona para reunirse con los demás machos, que entonces ad- quieren su plumaje de eclipse y buscan los sitios más retirados, donde viven, como ha- ciendo penitencia, cerca de cuatro meses. Los patos cuando salen del cascarón, en- vueltos en un plumón pardo y amarillo, son unos seres bastante feos, pero muy graciosos y muy listos, pudiendo nadar y buscarse su sustento al día siguiente de nacer.

Su madre los vigila y protege con una abnegación ejemplar, defendiéndolos valien-

temente en caso de peligro, y ellos corres- ponden a este cariño con una obediencia ciega, siguiéndola a todas partes, ocultan- dose entre los cañaverales apenas ella lo ordena y permaneciendo escondidos hasta que con un nuevo graznido les indica que pueden salir sin miedo.

El pato vuela a raso, es decir, batiendo constantemente el albe con las alas; su vuelo es recto, y generalmente muy elevado a menos que le amenace algún peligro y le convenga ir rasero para no dejarse ver. Cuando va de viaje forma bandadas muy numerosas que vuelan formadas en dos li- neas divergentes, en forma de V con el án- gulo hacia delante.

La carne del pato real es apreciada por todo el mundo, cuya circunstancia, unida a la inteligencia del ave, que dificulta con-



PATO SILVESTRE

siderablemente su caza, hace que sea una de las aves predilectas de los verdaderos devotos de San Huberto.

El pato se reproduce fácilmente en cau- tividad, y los criaderos han obtenido di- versas razas, atendiendo unos a mejorar su carne en calidad o en cantidad y otros a la obtención de aves de adorno.

Hay otros géneros de patos nadadores, que contienen especies muy interesantes y curiosas, entre ellos los «pingüinos», llama- dos así por la forma del cuerpo y la dis- posición de las patas; el «pato mandarín», propio de China, el japon y la región del Amur, en Siberia, e introducido en Europa como ave de adorno; el «pato almizclado», notable especie originaria de la América tropical, donde se encuentra en estado sal- vaje, siendo la única ave acuática que tie- nen en domesticidad las tribus de África; el «pato moteado», del África del Sur, la

## GALERIA DE HOMBRIS CIELEBRES

### CLAUDIO GALILEO

Este médico y filósofo romano nació en Pergamo (Asia) en 131 de nuestra era, du- rante el reinado del emperador Adriano. Su padre, el arquitecto Nicón, hombre de vastos conocimientos en astronomía, mate- máticas y filosofía, poseedor de una for- tuna considerable, proporcionó a su hijo una educación escogida, inculcándole el amor a las ciencias.

Enviado el joven Claudio a los catorce años a las escuelas de filosofía, pasó por las estoicas academias epicúreas y peripatéticas. Siguió las lecciones de los me- jores maestros de la época, como eran los que habían sido discípulos de Cayo el «Pla- tónico», Filopator el «Estoico», y Aspurio el «Peripatético». A los diez y seis años de- cidiose a abrazar el estudio de la medi- cina. Su afición pronunciada a los viajes le hizo emprender muchos de ellos por Gre- cia, Asia Menor e Italia, aunque ninguno con fines exclusivamente científicos.

En 164 se estableció en Roma, donde pa- só la mayor parte de su vida ejerciendo su arte con éxito inaudito y publicando sus numerosos trabajos. Hallábase preparado para ellos, no sólo por sus estudios ana- tómicos que había hecho con Pélope de Es- mirna y Numisiano de Corinto, sino por su práctica médica.

En su ciudad natal había desempeñado, en efecto, durante cuatro años, el cargo de médico del circo de gladiadores.

Una vez en Roma trató relaciones con los hombres más eminentes. Su actividad profesional excitó los celos y envidias de sus colegas, que provocó, ade- más, con sus palabras y escritos. Sus disecciones y vivisecciones públicas contribuyeron a popularizar su nombre, tanto como sus numerosos curas.

Su orgullo desmedido le llevaba a ala- marse de que la medicina antes de él es- taba como las carreteras de Roma antes de Augusto.

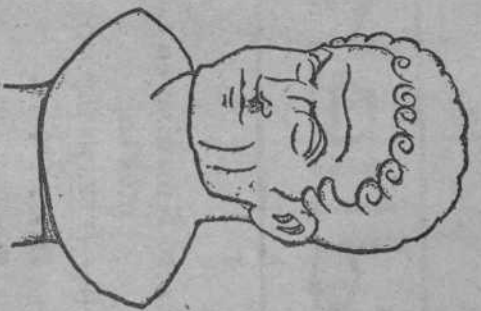
Las intrigas de sus enemigos consiguie- ron que fuese desterrado de Roma a los cuatro años de residencia. De regreso a su ciudad natal después de viajes por la Cam- pania, Chipre y Palestina, amplió consi- derablemente sus conocimientos médicos. Los emperadores Lucio Vero y Marco Ar- relio, llamaron a Aquila en 188. Habien- do fallecido el primero de la peste reinan- te, hubo de refugiarse con el segundo en Roma. Al comenzar la campaña contra los marcomanos, declinó tomar parte en ella, permaneciendo como consultor junto al príncipe heredero Cómodo. Al regresar el emperador fue nombrado su médico de ci- terna. Desde entonces su fama de publicis- ta eclipsó la de médico práctico, que, sin embargo no perdió jamás del todo.

El fondo de observación médica del sis- tema de Galieno procede de Hipócrates, en

barse de que la medicina antes de él es- taba como las carreteras de Roma antes de Augusto.

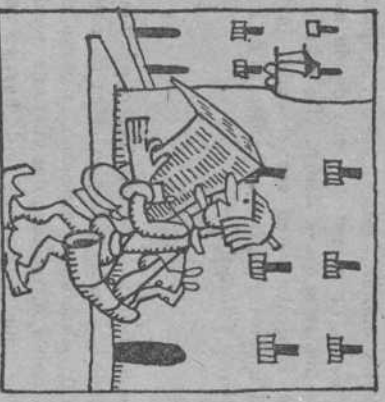
Las intrigas de sus enemigos consiguie- ron que fuese desterrado de Roma a los cuatro años de residencia. De regreso a su ciudad natal después de viajes por la Cam- pania, Chipre y Palestina, amplió consi- derablemente sus conocimientos médicos. Los emperadores Lucio Vero y Marco Ar- relio, llamaron a Aquila en 188. Habien- do fallecido el primero de la peste reinan- te, hubo de refugiarse con el segundo en Roma. Al comenzar la campaña contra los marcomanos, declinó tomar parte en ella, permaneciendo como consultor junto al príncipe heredero Cómodo. Al regresar el emperador fue nombrado su médico de ci- terna. Desde entonces su fama de publicis- ta eclipsó la de médico práctico, que, sin embargo no perdió jamás del todo.

El fondo de observación médica del sis- tema de Galieno procede de Hipócrates, en

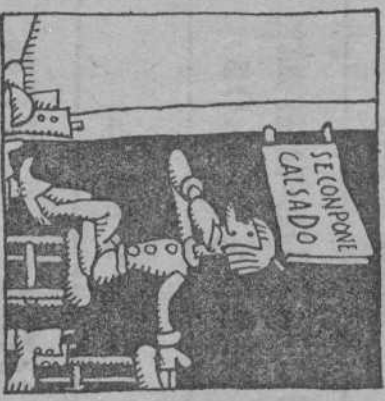


CLAUDIO GALILEO

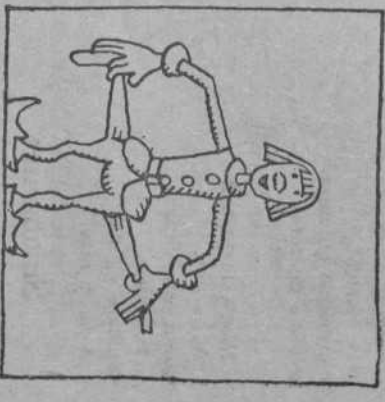
## Relato cierto y curioso, de un país maravilloso



Vió el anuncio un remendón que había en la población y a quien el humilde oficio daba escaso beneficio.



Quedó asombrado y perplejo el zapatero de viejo: —«Esta es buena coyuntura... Pero ¡ah! ¡Es una locura!»



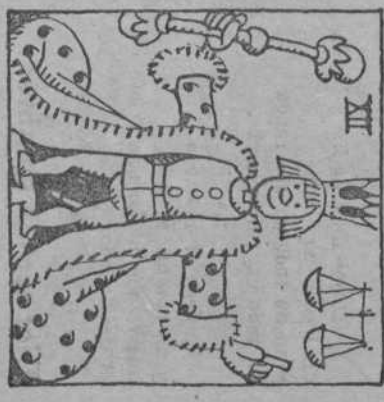
«Claro que con la chapuza, ni aun apago la ganaza, porque, en Jaufa, el empedrado nunca estropea el calzado.»



«¡Qué negro es mi porvenir! Con mi modesto vivir, mi futuro, se advirna que será de tinta china.»



Ya resuelto y decidido, tomó pronto su partido y fué a mostrar su deseo de «cargar» con el empleo.



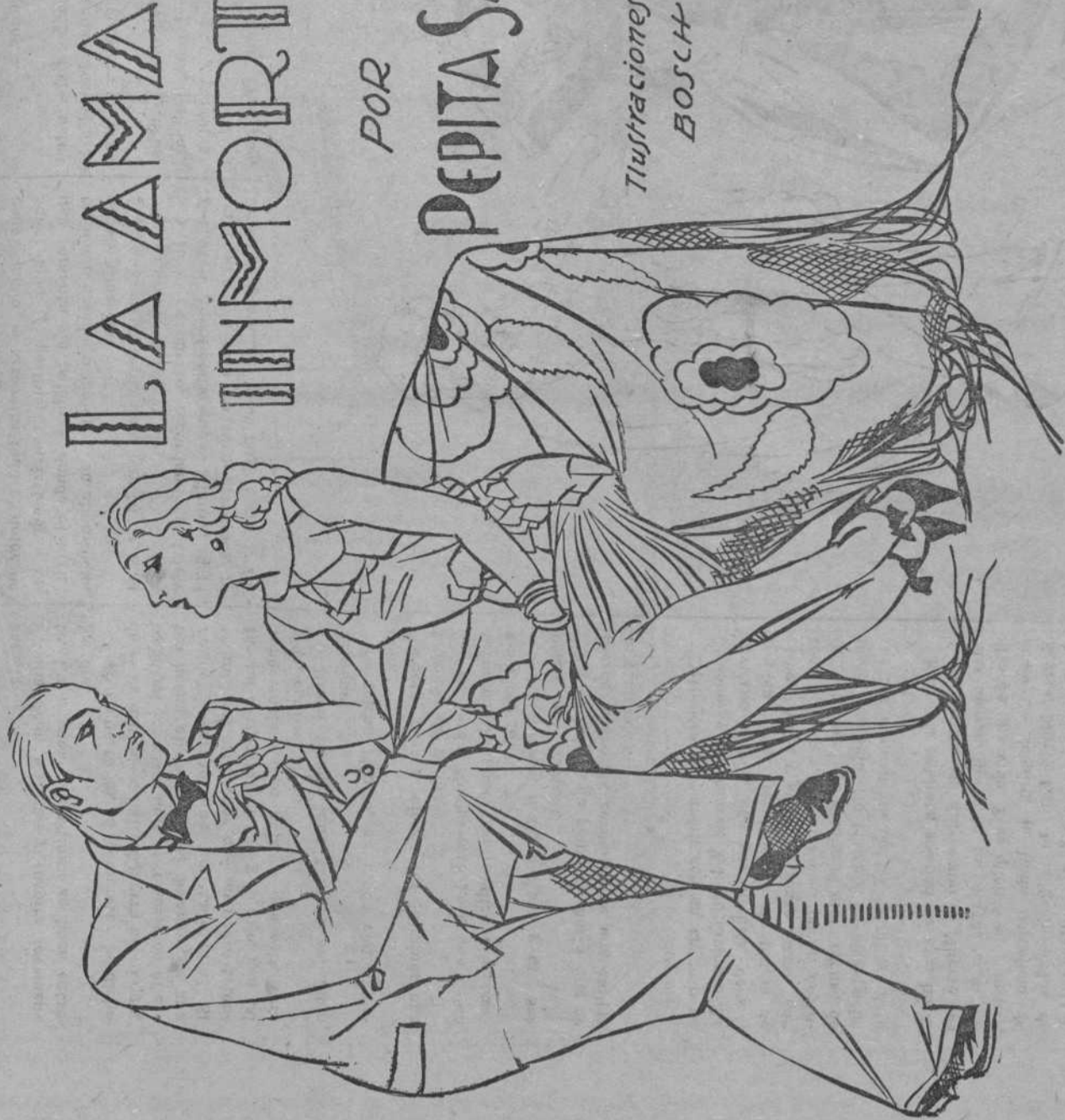
Llegó en tan buena ocasión que fué rey el remendón aunque a aceptar obligado el sueldo muy rebajado.

# LA AMADA INMORTAL

POR

PEPITA SABATÉ

Ilustraciones de  
BOSCH



## CAPITULO III

### Cuatro días que hundieron el Imperio de los zares

En la mañana del 8 de marzo de 1917, un estudiante daba su nombre en la puerta de Palacio para ser recibido por Ana Virubova. Era un muchacho alto y pálido, que se llamaba Sergio Balk. Hijo de una modesta familia israelita, había perdido su fe religiosa consagrándose a sus estudios de ingeniero, trabajando para poder pagarse sus estudios. Un día faltó de recursos, acudió, llevado por otro compañero, a casa de Rasputín, hallando en ella a Ana Virubova, que lo socorrió, presentándolo a Rasputín, que, a su vez, le proporcionó una recomendación para entrar en una casa editorial, para hacer traducciones. Como la mayoría de los estudiantes rusos, tenía ideas socialistas y estaba adherido al partido de Kerenski. Era un muchacho reflexivo y patriota, que no creía posible la transformación violenta de Rusia. Enemigo del zarismo, hubiera visto satisfecho su ideal inmediato con una república moderada, primera etapa de sucesivas evoluciones.

De aquel momento en que halló en casa de Rasputín un socorro y una ayuda, quedó en el estudiante Sergio Balk, un agradecimiento por Ana Virubova y un respeto por el "staretz", que no enturbiaban sus ideas revolucionarias. Para él, Rasputín no era un santo, y tampoco un hombre nefando con virtudes y con vicios, con inteligencia y con torpezas, que hacía el bien o el mal por imposiciones de su singular posición en la Corte. La culpa no era suya, sino del régimen. Rasputín no existía cuando la guerra ruso-japonesa y la guerra se perdió por la incompetencia y el desorden. En 1905, Rasputín no influía en los zares y la represión fué terrible. El podía, pues, hacer el bien a los que, a su vez, se lo habían hecho, sin ser desleal a sus ideas.

Sergio Balk fué introducido en las habitaciones de Ana Virubova:

—Usted, ya no se acordará de mí. Soy Sergio Balk, aquel estudiante a quien usted socorrió en la calle de la Gorokovaya y al que el padre Gregorio colocó.

—¿Y qué desea usted ahora?

—Yo no deseo nada. Yo vengo a advertir a la que me protegió un día,

Suavemente entreabríase la entornada puerta del salóncito. Lali, la nena rubia y delicada como aquellas románticas princesitas de los cuentos medievales, apareció en el hueco con sus papeles de música bajo el brazo. Refanase los labios finos, como una pincelada de carmín, los grandes ojos, claros, mágicos, con esa risa de ilusión, que todo lo invade a los diez y ocho años.

Llamó con su voccecita perlina:

—¿Se puede, Juan Enrique?

Pero Juan Enrique no la oyó, ni tan sólo se dio cuenta de que ella entraba. Continuó extático ante el teclado marfil, tocando con su arte maravilloso, con su divina inspiración.

Es alto Juan Enrique. Alto y arrogante. Tiene su cuerpo ese perfil inconfundible de las viejas esculturas griegas. Mas lo que de él atrae, lo que más fascina riñiendo al poder de su encanto, son los ojos. Unos ojos manos, negros, magníficos de transparencia dulce y cristalina, como esos lagos de ensueño quietos, dormidos...

Pero esa eterna calma de sus ojos profundos le desaparece a Juan Enrique cuando le acomete el delirio de la inspiración.

Entonces su mirada se enciende, brilla con reflejos de azabache, fija, hipnótica, en un punto azul, lejano, infinito... En estos instantes, su genio subyuga.

Por eso Lali, la discípula inteligente, se siente atraída, fascinada por la música de su profesor. Y, callada, ligera, cual una sombra fantástica, fué a sentarse a su lado, muy cerca de él.

Es una música extraña esa que Lali nunca le ha oído tocar a Juan Enrique. Extraña y sentimental, que llega hasta lo íntimo del corazón con temblores de amargura.

Flota el canto alado, dulce, vaporoso, como la sonrisa de unos labios niños, como el casto beso de un enamorado. Y lo sienta ella rozar en su espíritu con la divina emoción de una caricia. De pronto, vibran las notas en hondo gemido loco, apasionado. Su tristeza infinita, contagia. La sublimne grandeza de aquella tragedia íntima,

conmueve a Lali, que arrebatada lejos, muy lejos de todo lo de su alrededor, solloza inconscientemente.

Sigue entre tanto el final de la obra lento, inestable. Se extingue débilmente, trémulo, como esas mariposas de seda que expiran sin ruido entre los dedos de un rapaz.

Pierden los ojos de él el brillo intenso de metal y otra vez recobran la serenidad luminosa de las noches primaverales. Su primera mirada mimosa, acariciante, evolvuelve a Lali, que allí junto a él sigue llorando todavía.

—¿Llora usted, Lali? — pregunta Juan Enrique con la voz algún tanto insegura. Ella despierta entonces, se ruboriza intensamente y rápida, enjuga unas lágrimas que prendidas quedaron en sus largas pestañas de terciopelo.

—¿Tanto le ha hecho sentir mi romanza? — insiste él mirándola fijamente.

—¡Oh, sí, mucho! ¿Por qué negarlo, Juan Enrique? Tiene su música un misterioso encanto, algo de extraordinario que seduce

tes provocadores pululaban por las fábricas y se dió el caso extraño de que un individuo, tomando el nombre y la figura de Miluikof, el jefe de los cadetes, recorriese los centros obreros, alentando a la resistencia contra el Gobierno. Miluikof escribió una carta exhortando a los obreros a la calma y desmintiendo que él hubiese visitado ningún centro obrero. El gobernador militar de Petrogrado, autorizó la publicación, pero Protopopof la prohibió.

—Hay que dar la batalla—repetía Protopopof a la emperatriz—y ésta, con una delirante exaltación, insinuaba a su ministro para que no decayese. Sin embargo, los informes de la Ocrana, la policía política, eran cada vez peores y llegaban con unos recelos que indicaban estaba intimidada por el ambiente.

A últimos de febrero, Ana Virubova recibió la visita de su padre, el consejero Tanaief, hombre equilibrado y zarista incondicional. Iba a prevenir a su hija que la revolución podría tardar días, tal vez meses, pero que era inevitable y que debía prepararse para salvarse y salvar a los emperadores.

—No te habla el político, sino el padre que teme por su hija.

La Virubova, impresionada, comunicó a la emperatriz la visita de su padre y fué decidido que, aun no creyendo en la inminencia de la revolución, ni en su tiempo, el yate imperial "Standard" estaría preparado, con una tripulación fiel a las órdenes de Sabline, uno de los ayudantes del zar, oficial de marina.

Todo eran rumores y rumores. Un día, un atentado frustrado contra la emperatriz. Otro, la sublevación de un regimiento. Otro, el descubrimiento de un complot de traición. Otro, que en Petrogrado ya no había ni carbón, ni madera, ni harina. La gran conferencia de delegados aliados, a la cual asistió Doumergue, como representante de Francia, terminó sin que nada se concretase, y con la declaración del general Gurko de que el ejército ruso tardaría mucho tiempo en estar preparado para una ofensiva. Luego la Duma fué abierta, pero sus debates tuvieron una calma desesperanzadora, como si todos estuvieran convencidos de que ya las palabras eran inútiles, como si la Duma hubiera perdido su fe y esperase a que la bandera de la oposición fuese recogida por otra fuerza. El mismo Purichkevitch, el matador de Rasputín, pronunció un discurso suave y desmadejado.

Pero en Petrogrado y en toda Rusia se conspiraba. Entre la aristocracia ya no se discutía más que si se eliminaría sólo a la emperatriz, o bien a los dos emperadores. Los socialistas revolucionarios preparaban en las fábricas sus grupos de acción. Entre los monárquicos constitucionalistas y los generales del frente se establecía una comunicación para preparar un golpe de Estado fulminante que en veinticuatro horas realizaría la sucesión del zar sin perturbar la vida rusa.

El emperador, ante la marea revolucionaria, pensó en que tal vez apaciguara la tormenta el nombramiento de un Gobierno responsable. Convocó a Con-

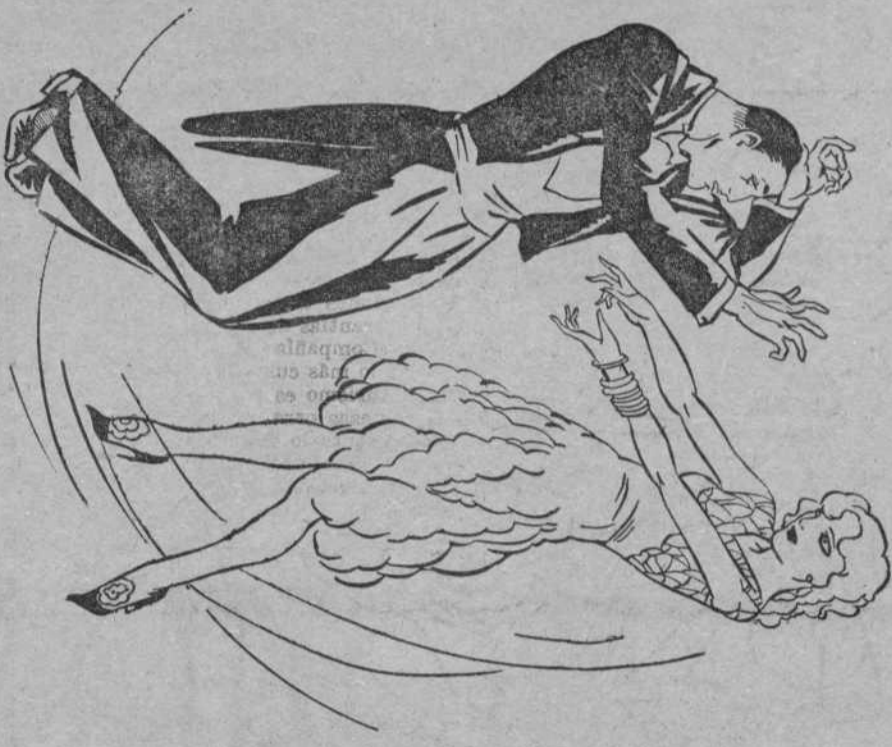
sin querer y te arrastra haciéndote vivir en los alcázares de la quimera.

Y luego le dice bajito: —Usted debe sufrir mucho, debe usted ser muy desgraciado, ¿verdad Juan Enrique? Entre los ecos de su romanza un gran dolor se advirtió.

Ahora es él quien visiblemente se turba. Coge entre las suyas nervudas, pulidas, señoriles, la tibia mano blanca y perlumada de la ingenua. —Sí, Lali, tiene usted razón. Pero hoy,

valor para confesarle. Desde entonces fué convirtiéndose en armonías todo el dolor de aquel amor imposible, convirtiéndose en una romanza sin palabras, donde el artista, había dejado lo mejor de su alma-pocío, de su alma-flor.

Juan Enrique le ha dado por título a su obra «La Amada Inmortal». Y se lo ha puesto, recordando al triste Behoven. Aquel genio que él admira, aquel para quien la vida no tuvo perfumes, ni flores de plata, de quien huyó el amor fu-



8 0 5 4 4 - 1 7

a la vez que el más desgraciado, soy el más feliz de los mortales. Verá...

Tiene el salm ese aire recogido de las confidencias. La luz rosada, soledosa de las tardes estivales, ilumina fuertemente la estancia y pone en cada objeto un destello del iris. Sobre el gran piano, cola entera, preside el busto de Beethoven dolorido. Hay a su lado un bicaro alabastro con unas flores muy rojas, encendidas, color pasión.

Cuenta Juan Enrique. Recuerda las horas felices de los primeros días que daba lección de piano a la niña pálida, de bucles dorados, sus charlas sobre el arte, su amistad sencilla y franca, que pronto convirtió en él en un afecto nuevo, un amor loco, exaltado, sin límites, como todo lo que ocupa un lugar en el corazón de un artista. Pero nunca ante la actitud corre-

tísima, fría e indiferente de ella, tuvo

raz, sin que alegraran las horas grises de su existencia, los labios de la amada, de aquella amada, que inmortalizó en una de sus sinfonías.

Ante esa figura espiritual, siente Juan Enrique, que una mística devoción le invade. Le oye Lali un poco sonrosado el rostro alífo, muy abiertos los verdes ojos, de ondulna tentadora.

La mira él un instante y con fervor murmura: —¡Es usted tan bonita...! Por el balcón entreabierto, asoma un jazmín, mostrando la delicia de sus corolas de nieve, entre las que el sol se quebra.

Vuelve en sí Juan Enrique y prosigue. Un concurso musical brindóle ocasión. Un gran premio se ofrece a la mejor composición. El mandó la suya. Y triunfó sur-

ria, de fama y honores para el autor afortunado. Calla Juan Enrique y suspira levemente. Un silencio angustioso, se hace entre los dos.

—¿No querrá usted completar la dicha de estos instantes, Lali? ¿Querrá usted que, como mi maestro, deje en el camino el alma hecha girones, por el desamor de una mujer? ¿Verdad que no, Lali mía? Si triunfó mi arte, ¿por qué no podrá triunfar mi cariño también?—y lo dijo, con tal vehemencia en su palabra que ella, vencida, confesó al fin: —¡Hace tiempo que triunfó ya, Juan Enrique!

Se miran rientes, en muda contemplación. Fuera, pasa mecido los jazmines una bandada de palomas.

—Es tarde. Mucho rato hace que debió terminar la clase. Adós—dice ella marchándose apresurada. —Adós, nena, hasta mañana y que sea usted muy puntual.

En el balcón, la sigue él, hasta que se pierda, entre las revueltas de una calleja interminable.

Deshojose primavera con su encanto de ilusiones y esperanzas. Y llegó invierno. El invierno helado, con sus nieblas densas, con su nieve aterciopelada de pluma de cisne, blanca y sutil. La nieve mansa, que todo lo cubre, que todo lo borra, dejando todo sin perfiles. Estaba el cielo oscuro de plomo fundido. No temblaba en el espacio, esa luz diamantina de las estrellas plata y azul.

Entre la enhiesta soledad de esas horas frías, largas, sin fin, cernió la Muerte sus alas negras. Cortó su mano trágica el hilo de una vida. Y se quebró suavemente, como un suspiro, la linda porcelana de Sévres. Muró Lali, la bella infanta de Juan Enrique. Se abrió el capullo y voló el ángel resplandeciente, a recibir besos de Dios.

Cuando él supo la noticia, quiso morirse también. Fue su dolor muy hondo, callado, sin gemidos ni sollozos. Dejóle vendido como un viejo sin conciencia de sus actos, indiferente a todo. Sólo en el arte encontraba algún consuelo. Pero la vida se le hizo imposible ante el recuerdo constante de ella.

Se la recuerdan los jazmines que ella cuidaba y que al marchar prendida en su escote las flores pequeñas. Se la recuerda el pájaro cantarín que en su jaula pendía tras la persiana. La recuerda en cada objeto, en todo lugar.

Por eso huye... Huye lejos, sin rumbo, errante siempre como esos pobres mendigos silenciosos que andan y andan en viaje infinito.

Fué entonces solo y dolorido que sintió su pecho el ansia desbordante de sus ternuras. Nadie mejor que el mismo amigo habría comprendido. Y un día sus dedos mi-

sejo de ministros y todos, menos Protopopof, asintieron. Aquello iba a desvanecer la pesadilla revolucionaria. Los constitucionalistas se darían por satisfechos y el ejército, que no deseaba más que un cambio de ministros, apoyaría la reforma.

Protopopof se dirigió, a la salida del Consejo, hacia las habitaciones de la emperatriz, para anunciarle la decisión del zar, que representaba la oposición a su doctrina y a su poder.

—Acabamos de aprobar el pensamiento del emperador de que sea nombrado un Gobierno responsable—le dijo Protopopof.

La zarina se levantó, rígida, como si la hubiesen presentado una visión terrible.

—¿Responsable ante quién?

—Ante la Duma.

—Eso no puede ser. ¿Y por qué? Por los rumores que vienen de cuatro salones llenos de ambiciosos y desvergonzados. ¡Ah, no! Esto sería poner Rusia en las manos de los grandes duques, de Kerenski y de Gutchof, que manejarían la Duma a su manera. Tenemos que impedir eso.

—Tenemos que impedirlo porque el padre Gregorio me ha dicho esta noche que en cuanto cedamos todo se hundirá, que él nos retirará su protección, su augurio quedará cumplido y el imperio y nosotros moriremos.

La emperatriz, intensamente pálida, llevándose la mano al pecho, sujeto a crisis cardíacas, confirmó las palabras de su ministro:

—No, eso no será. Ahora mismo hablaré al emperador.

La emperatriz se dirigió al despacho del zar y violentamente, con toda su energía de fanática que defendía, a un tiempo, sus ideas y lo que creía su misión de preservar a la autocracia de toda contaminación liberal que representase una cesión de los derechos imperiales, le dijo:

—Nick (\*), acaba de anunciarme Protopopof que has decidido capitular ante la Duma transformando en responsable ante ella, tu Gobierno. Piensa que faltas a toda la tradición de tu casa y a la ley política que Dios ha dado a Rusia. Piensa que te rindes a tus enemigos, que son los que me calumnian y los que mataron al "staretz". Ahora tú, nombras y destituyes a tus ministros y ceder este derecho a la Duma equivale a que los arrendatarios le designasen al señor sus administradores.

—Lo he pensado mucho y creo que es el único medio de calmar la agitación política.

—Al contrario, crecerá, animados nuestros enemigos por nuestra debilidad. El "staretz" lo ha dicho a Protopopof: "Si cedéis os retiraré mi protec-

(\*) Diminutivo familiar de Nicolás, que la emperatriz usaba.

ción y el imperio caerá". No desoigáis la voz del "staretz". Piensa, además, que tú no puedes legar a tu hijo la corona disminuida, que la ha de recibir íntegra, como Dios te la ha dado.

El emperador volvió a sentir turbada su alma de abúlico, ante las demandas categóricas de su mujer, que evocaba todo: sus derechos divinos, la herencia de su hijo, el odio y la segura alegría de los enemigos, los mandatos de ultratumba de Rasputin...

—Pero lo he anunciado ya en el Consejo de ministros.

—¿Y qué importa? Llamas al presidente, a Golitzin y le participas tu nueva decisión y mañana mismo vuelves al Cuartel General, que es donde está tu sitio, y no en medio de estas intrigas políticas.

El zar aceptó nuevamente los dictados de su esposa, esfumándose ante la voluntad de ésta, el momento de lucidez política que había tenido. Llamó por la noche a su Presidente, el príncipe Golitzin:

—He decidido irme mañana al Cuartel General.

—¿Y la Duma? ¿Es que ya no irá S. M. a la Duma para anunciar su decisión de aceptar la responsabilidad ministerial?

—No, ya no voy a la Duma.

Y el zar partió.

Era el 8 de marzo de 1917.

Mientras el tren imperial marchaba, trepidante, hacia el frente, algo se resquebrajó, bajo sus ruedas, en la tierra rusa. Lo que se temía y se amaba, la hora terrible en la que las entrañas rusas iban a dar a luz la revolución, iba a sonar. El destino había dado su orden para que mientras el emperador de todas las Rusias abandonaba Petrogrado, las columnas enloquecidas de insurgentes penetrasen en la ciudad. El testamento de Rasputin, iba a cumplirse...